

art buchwald

A CHICAGO NO IRAN ATEOS...

MIAMI Beach, agosto.—Conforme el sol desaparece lentamente por el Oeste y los republicanos suben a sus aviones privados para llevar su mensaje al pueblo norteamericano, todos vuelcan sus pensamientos hacia la Convención nacional demócrata que se iniciará en Chicago el día 26 de este mes.

Los delegados demócratas y los miembros de la prensa hablan de ir a Chicago con la misma excitación que si fueran a Vietnam. Le guste o no al alcalde Daley, Chicago, en tanto que sede para una convención política, está siendo comparado con Khe-Sanh y Dien Bien Fú.

Un grupo de corresponsales veteranos estaba discutiendo en una cantina de aquí acerca de si Chicago iba a resultar otro Dien Bien Fú.

—Es imposible —dijo uno de ellos—. Por un lado, tenemos protección aérea, cosa que los franceses no tuvieron en Dien Bien Fú. Por otro, los caminos hacia los locales de la Convención estarán minados.

—Muy bien —dijo un reportero pesimista de la televisión—. Pero, ¿cómo vamos a poder penetrar en el salón de la Convención para informar sobre ella?

—Habrá convoyes armados que saldrán cada media hora de la parte central de Chicago, y la artillería de Daley controla todos los caminos. Cualquiera que intente bloquear las intersecciones pagará un alto precio por su agresión.

Un comentarista agregó: "Como la Convención se verificará junto a los corrales de ganado, no hay posibilidad de vendirlos por hambre".

—Tengo miedo —balbuceó un joven reportero.

Un veterano corresponsal de una agencia de noticias le puso un brazo sobre el hombro, diciéndole: "Todos tenemos miedo, muchacho. Este verano no irán ateos a Chicago. Pero tienes que verlo así: si no vamos, los demócratas no podrán designar un candidato presidencial y eso es lo que desean los que organizan manifestaciones. Tenemos que ir para demostrar que no nos intimidan".

—¡Vaya! —dijo el joven reportero—. Si ustedes también están atemorizados, entonces no me sentiré tan mal. Creo que voy a escribirle a mamá antes de partir.

—Hazlo, muchacho —dijo el veterano.

El analista político de una revista semanal dijo: "No creo que podamos esperar una solución rápida en Chicago. Va a ser una Convención complicada, larga; la única manera de que los demócratas puedan realizar su propósito es ganándose las mentes y los corazones del pueblo de Chicago".

—Eso puede ser cierto, pero Daley dice que no se logrará a menos que se sea militarmente vencedor. Hay que probar a los militantes que no pueden ganar negociando lo que no pueden ganar en el campo de batalla.

Uno de los periodistas, que había guardado silencio, finalmente gritó histéricamente: "¡Que se vaya al diablo Daley! Se quedará en su oficina del Ayuntamiento, con aire acondicionado, en tanto que los estúpidos de nosotros tendremos que batirnos. Soy demasiado joven para ir a Chicago...".

El veterano corresponsal le abofeteó ligeramente, diciéndole: "Calmate, muchacho. Iremos a Chicago como todos los demás. Ninguno de nosotros pidió esta designación, pero nos ha tocado. El Presidente Johnson ha decidido que es ahí donde los demócratas deben plantarse firmes y, ciertamente, no vamos a desairarlo...".

(Copyright 1968, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service-Agencia Zardoya.)

y ancianos incluidos: los comandos y las guerrillas no les excluyen—habitadas por la desesperación y desalentadas por las opciones electorales, entre el silencio de Humphrey, que no quiere alinearse votos posibles, y las peticiones de Nixon y su vicepresidente-aspirante Spiro Agnew, para que el orden se refuerce y los disparos de la policía sean más certeros. Ciertamente, Nixon y Agnew están jugando una carta electoral que es la de demostrar la lenidad del partido demócrata, su carencia de autoridad; quizá no pudiese ser mejor su actitud si conquistasen ellos mismos la Casa Blanca. En cualquier caso, Nixon y Agnew no pueden aspirar de ningún modo a los votos negros ni a los de los blancos antisegregacionistas. La organización moderada de Abernathy—heredero del pastor King—ha advertido ya que Nixon es «insensible a las necesidades de los pobres»; en cuanto a Agnew, gobernador de Maryland y compañero de Nixon, no solamente se ha alzado contra la violencia, sino contra la no violencia; contra cualquier clase de protesta que «no mejorará la situación de los negros». Se le acusa de haber querido «desacralizar» la me-

moria del pastor Lutero King. Al mismo tiempo, los «no violentos» se ven desertados de día en día por negros que creen que efectivamente de esta forma no se mejorará su situación, pero no por las razones dadas por Agnew, sino, por el contrario, porque estiman que la violencia organizada en la forma actual es la única solución eficaz. En los ocho puntos de política interior contenidos en el programa «plataforma» electoral del partido republicano, sólo dos se refieren a la solución de los problemas sociales por vía constructiva—nuevas viviendas, mejora de condiciones urbanas de vida—mientras que los otros seis son duros, en el sentido del reforzamiento del poder, de las atribuciones de la autoridad y de la justicia que debe exigir mayor «responsabilidad al hombre por los actos que comete». Se advierte en todo ello una radicalización a la violencia en los extremos negro y blanco de la situación, que no rima con la falta de espectacularidad de los incidentes raciales sobreenvidos hasta ahora en el curso del verano. ■ (Reportaje en páginas 22 a 28.)

KRUPP, REHABILITADO

Un "regalo de reconciliación" de los aliados a la República Federal



DIAS DE CARCEL



DIAS DE GLORIA

¿Es realmente «el fin de un anacronismo», como lo califica un gran periódico alemán, o simplemente un expediente administrativo sin verdadera importancia? La decisión—tomada por Gran Bretaña de acuerdo con Estados Unidos y Francia—de anular la reglamentación de 1953 que prescribía la descartelización de Krupp, ha sido acogida en Bonn como el último y no menor signo de distensión respecto al ex enemigo. ¿Casualidad o voluntad concertada? Esta decisión, tomada en el mes de agosto de 1968, justamente un año después de la muerte de Alfred Krupp von Bohlen, último emperador de la célebre dinastía industrial, tiene una significación política evidente: «Es, como ha señalado el gobierno de Bonn al saludar el acontecimiento, la desaparición de una hipoteca que databa de la ocupación».

En 1951, Alfred Krupp, el barón de Essen—del hombre de la capital de su gigantesco imperio—, es indultado por los aliados. No ha purgado más que una pequeña parte de los doce años de prisión a los que el tribunal de Nuremberg le condenó en 1948. Motivo de la condena: utilización de deportados en la mano de obra de su complejo industrial.

Nada más liberado—y esta liberación fue, sin dudar, un acto político para preparar la reentrada de Alemania—en el circuito normal de las alianzas, como lo señaló, en su época, un influyente periódico alemán—Krupp llevó a cabo una vasta campaña. Objetivo: tratar de obstaculizar el famoso «plan de descartelización», que le

obligaba a vender sus participaciones en la siderurgia y otros sectores industriales.

El barón de Essen, festejado, aunque con discreción, por sus iguales a su salida de prisión, se sabía sólidamente sostenido. Y fue el propio canciller Adenauer quien en marzo de 1957 firmó una carta dirigida a los gobiernos de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña para pedirles que renunciaran a poner en venta los enormes bienes del imperio Krupp. El motivo que invocó es una mezcla sorprendente de cinismo e ingenuidad: «No habría compradores»...

Gracias sobre todo a los apoyos políticos que encontró en los americanos, Krupp pudo recuperar todos sus bienes: noventa y siete sociedades que producían un poco de todo, desde locomotoras hasta dentaduras postizas en aceros especiales. Más de cien mil trabajadores estaban empleados por el enorme complejo que, como decía el propio Krupp, «ha hecho desde el siglo XIX la fortuna de la industria alemana».

Pero en 1967 ya no funciona nada de esto. El mantenimiento de las actividades siderúrgicas y mineras en una tradición «familiar», poco adaptada a las transformaciones radicales producidas en la vida industrial, se revela catastrófico. Krupp está obligado a pedir al Estado un aval de trescientos millones de marcos para poder financiar sus exportaciones. Es la decadencia. El barón, con el agua al cuello, tiene que aceptar que su imperio se convierta en sociedad anónima. En su

testamento pide que el capital de la nueva sociedad —la «Friedrich Krupp GmbH»— sea la propiedad de una fundación con fines no lucrativos. Su hijo Albrecht tiene que renunciar a la herencia. La alta finanza alemana, con el banquero Abs a la cabeza, ha vendido al más poderoso y célebre industrial europeo.

La decisión aliada, intervenida en este mes, fue precedida el pasado mes de febrero de un comunicado de la so-

ciudad Krupp: «La obligación de venta de nuestras industrias de base ha caducado por razones de hecho y por motivos personales». Se espera en los próximos días un comunicado de las tres potencias aliadas que aportaría precisiones sobre las razones que han inducido a Washington, París y Londres a «levantar el castigo». Pero cualquiera que sean esas razones, una cosa es cierta: es algo más que la simple regularización de un estado de hecho. ■ G. S.



PAPANDREU: UNA TAREA DIFÍCIL.

LAS OPOSICIONES GRIEGAS

Una fuerza difícil de aglutinar

Un atentado fallido contra el primer ministro, unos incendios simultáneos en Atenas, unos rumores de desembarco y unos comunicados de la oposición pueden hacer creer que en Grecia se está produciendo un principio de revuelta contra el poder. Pero pueden ser nada más que actos aislados. No se sabe cuál puede ser la fuerza de la oposición. En el mundo, el PAK (Movimiento Patriótico de Liberación, dirigido por Papandreu) despierta un gran interés: hay gobiernos que apuestan por él, como el británico, que le alberga ahora en Londres, o como el americano, que según parece le ha enviado ya algunos emisarios en busca de un pacto (pero la conferencia de prensa de Papandreu les ha ahuyentado: ha acusado directamente a la CIA americana de ser la culpable del golpe de estado). Sin embargo, el PAK no representa toda la oposición griega; por el contrario, las fuerzas de oposición están dispersas, en el interior y en el exterior, no son capaces de preparar no ya un programa coherente para derribar la dictadura, sino, lo cual sería lo único adecuado, un programa de gobierno posterior a la junta: es decir, un sistema que diese una esperanza de salida a quienes hoy intentan conspirar. De esta diferencia entre los jefes de la oposición saca su mejor partido la dictadura. Se suele acusar de estupidez a Papadópulos por no haber sabido sumar a su gobierno las fuerzas de derechas, que lo estaban deseando; puede ser una medida de gran astucia. Las fuerzas de derechas hubieran ejercido una moderación que los sublevados no desearan porque están convencidos de que su verdadera fuerza es, sencillamente, la fuerza; en cambio, arrojar la derecha a la oposición significa dividir el campo de sus adversarios. La derecha de Canelópulos es una izquier-

da comparada con la de Karamanlis; la de Papandreu es una derecha comparada con los comunistas, y a su vez una izquierda con la de los dos mencionados y con la de Mavros, que está preso de los dictadores. Karamanlis o Canelópulos pueden aparecer en cualquier momento como próximos a la junta dictatorial; la proximidad de uno arrojará al otro al extremo, y viceversa. Algunos quieren trabajar dentro del sistema, como Pipinellis o Markezinis, es decir, aprovechándose de ciertas ventajas que parece ofre-

LA ENFERMEDAD DE NASSER

«Complicaciones degenerativas de la diabetes alcanzan probablemente los vasos sanguíneos y se traducen en molestias arteriales de los miembros inferiores». Tal es —se dice en El Cairo— el diagnóstico, muy reservado, de los médicos soviéticos que examinaron a Nasser a raíz de las últimas entrevistas de Moscú. Efectivamente, el Presidente egipcio padece diabetes desde los treinta años, y la enfermedad, convertida en crónica, habría provocado finalmente una obliteración de las arterias que produce a su vez dolorosos calambres y, en los casos graves, fenómenos de gangrena en los dedos de los pies. También pueden producirse molestias de la función renal.

En Georgia, donde se encuentra bajo asistencia médica, Nasser se someterá durante tres semanas a una fisioterapia adaptada a su caso, es decir, el tratamiento que se conoce como «corazón neumático» o Syncardon, pero sus médicos son relativamente pesimistas. «Trastornos semejantes en un hombre de cincuenta años pueden llevar a algo grave», dicen ellos. Si el porvenir inmediato no está precisamente amenazado, es cierto que se desprende una reducción importante de la actividad y que el porvenir de tales enfermos resulta pesadamente cargado. Como un enfermo disciplinado, Nasser ha dejado de fumar completamente desde principios de julio —fumaba de ochenta a cien cigarrillos «LM» por día—. «Es todo lo que yo puedo hacer —comenta—. Lo demás corresponde a los médicos».

Ahora se sabe que los israelitas fueron los primeros informados de los tres desmayos sucesivos que debían alertar seriamente al «Rais» el año pasado. Lo fueron, afirman ellos mismos, antes que su propia mujer, y ciertos comentaristas quieren ver en esto una de las razones de su endurecimiento diplomático y político: ¿quién nos asegura —se preguntan en Tel Aviv— que el sucesor de Nasser aceptaría las concesiones hechas por él? Por otra parte, ¿quién sería el sucesor de Nasser? Para dar un golpe de sonda, los servicios israelitas han hecho difundir por el «People», de Londres, una noticia de cuya falsedad estaban convencidos, pero de la cual esperaban mucho: Nasser, afirmaba «People», ha sido operado en la URSS de un tumor del cerebro. Su estado sería desesperado. Reacción inmediata en El Cairo: en ese caso sería el general Fawzi quien debería tomar el poder...

El general no ha comentado nada, pero los egipcios revelan un hecho: nunca, en dieciséis años de gobierno, Nasser había querido —u osado— ausentarse por largo tiempo de Egipto y su viaje más largo, a Bandung, no había sobrepasado la semana. Sin embargo, esta vez ha partido tranquilo.

En su ausencia se siguen deteniendo sospechosos —unas cuarenta a finales de julio—. Pero los servicios oficiales desmienten que haya habido un verdadero complot: por el momento, nadie se preocupa en la RAU de intrigar por una sucesión tan pesada. ■ J. G.

cerles la constitución nueva; otros repudian absolutamente el sistema. Todos —menos Papandreu y, evidentemente, los comunistas y los progresistas— se vuelven hacia los Estados Unidos y esperan el resultado de las elecciones: prometen que su país no saldrá de la OTAN, no será neutralista, si les quitan de en medio la junta militar que, en cambio, puede provocar

reacciones extremistas. La política del profesor Andreas Papandreu —hijo del viejo gobernante humillado por el Rey, de donde arrancó la situación actual— pretende con sus emisarios clandestinos al interior y con sus incansables viajes por los países extranjeros aglomerar o aglutinar esta dispersa oposición. No es, como se ve, una tarea fácil.

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

- Un sacerdote segregacionista de Chicago, que trataba de separar a los fieles blancos de los negros, ha sido suspendido en sus funciones por la jerarquía norteamericana.
- Es probable que el mayor avión comercial del mundo, el «Boeing 747» (de 350 a 490 pasajeros) realice su vuelo de pruebas antes de fin de año, según se anuncia en Seattle (EE. UU.).
- «Grecia es un volcán; un volcán que entrará en erupción», ha declarado Andreas G. Papandreu, presidente del Movimiento pan-helénico de liberación (P. A. L.).
- Uno de los últimos sondeos de opinión realizados en Estados Unidos da a Humphrey como

seguro vencedor en la Convención demócrata de Chicago, desde la primera votación.

● El templo bimilenario de Dendur, a orillas del Nilo, ha sido desmontado y las piedras se embalarán, una a una, para reconstruirlo en la neoyorquina Quinta Avenida.

● Según una estadística de la Oficina de Censo de Estados Unidos, los ingresos medios de una familia negra son casi la mitad que los de una familia blanca (4.900 dólares frente a 8.000 dólares).

● La «American Legion» (dos millones de afiliados) quiere que el profesor Herbert Marcuse sea expulsado de su cátedra de la Universidad de California, porque «venena el espíritu de los estudiantes».